

LA PLAZA BELGRANO COMO ESCENARIO ESPACIAL. UNA LECTURA CULTURAL DEL TERRITORIO

Fabián Claudio Flores

(UNLu-CONICET-GIEPRA)
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Luján
E-mail: licfcflores@gmail.com

RESUMEN

Situados desde una perspectiva geográfica cultural sustentada en el análisis dialéctico del espacio (Soja, 1996), entendemos los escenarios espaciales como las “múltiples expresiones condensadas del tiempo y el espacio” (Lindón, 2010: 183) que se plasman en el paisaje urbano; en este caso, en una plaza del centro histórico de Luján.

El artículo se propone explorar los procesos de producción social del espacio de la plaza Belgrano en tanto escenario socialmente construido, indagando en las dinámicas socio-espaciales que se fueron exteriorizando a través del tiempo.

Metodológicamente, el análisis combina el trabajo de campo experiencial, las entrevistas y la interpretación de distintas fuentes históricas (primarias y secundarias) que incluyen fotografías, cartografía histórica, documentos, cartas y relatos, entre otros.

Palabras claves: escenarios espaciales, prácticas territoriales, cultura.

BELGRANO SQUARE LIKE SPATIAL SCENARY. A CULTURAL APPROACH FROM THE TERRITORY

ABSTRACT

Located from a cultural geographical perspective supported by the trialectic analysis of space (Soja, 1996), we understand the spatial scenary as "multiple condensed expressions of time and space" (Lindón, 2010: 183) which are reflected in the city landscape; in this case, in a square into the historic center of Luján.

The paper explores the processes of social production of space in the Belgrano Square as a socially constructed scenary, inquiring into the socio-spatial dynamics that were externalizing over time.

Methodologically, the analysis combines experiential fieldwork, interviews and interpretation of various historical sources (primary and secondary) including photographs, historical maps, documents, letters and reports, among others.

Keywords: spatial scenary, territorial practices and culture.

1. Introducción

El abordaje cultural en geografía es relativamente novedoso, sobre todo si tenemos en cuenta que la ciencia geográfica ha estado, históricamente, más relacionada a las miradas naturalistas primero, y económicas y sociales posteriormente. La cultura aparecía como un componente marginal del territorio, supeditado al peso de las otras dimensiones.

Recién en el contexto de las últimas décadas del siglo pasado y la “ola” del giro cultural, los trabajos sustentados en perspectivas culturales comenzaron a aparecer con mayor frecuencia. De la mano de la interdisciplinariedad, la geografía se abrió y se cargó de miradas que apuntaban a llenar de “carne y hueso” al territorio. Los sujetos, sus prácticas, sus representaciones, su experiencia territorial y su memoria espacial comenzaron a ponerse en escena a la hora de interpretar los lugares en clave cultural.

Es que, las formas materiales del espacio (en este caso una plaza con todo lo que contiene) pueden ser apropiadas de distintas maneras y con distintos usos según los sujetos que intervengan en cada momento, aunque “ello no traiga consigo un cambio en la materialidad misma” (Lindón, 2010); también esas formas espaciales rígidas pueden ser resignificadas de acuerdo a estrategias que se toman en el marco de relaciones sociales que expresan también, relaciones de poder situados en contextos históricos específicos.

Anclados en este panorama entonces, nos preguntamos: ¿cómo captar lo permanente y lo efímero de la espacialidad de la ciudad?, ¿cómo pensar el modelo territorial como proceso histórico?, ¿cómo identificar y explicar las disputas materiales y simbólicas que se desprenden a partir del proceso de producción histórica del espacio?

Situados en este camino, el artículo se propone explorar los procesos de producción del espacio de la plaza Belgrano en tanto escenario socialmente construido, indagando en las dinámicas socio-espaciales que se fueron cimentando a través del tiempo.

2. Repensar la mirada

Lejos de pensar en la espacialidad como el *locus* donde los fenómenos sociales ocurren, la entendemos como una compleja y multidimensional categoría analítica en la que opera y se construye la vida social. Partiendo de la idea de que las prácticas sociales y las experiencias de los sujetos tienen en sí un componente espacial, no podemos desestimar la perspectiva epistemológica de concebir al espacio como resultado de procesos históricos ligados a condiciones socio-culturales específicas (Harvey, 1989) y situados en contextos particulares.

El espacio como categoría analítica ha sido entendido como algo dinámico, como una entidad mutante, pero cuyos cambios y mutaciones implicaban tiempos relativamente medios o largos. Sin embargo, los procesos de aceleración espacio-temporal (Harvey, 1989) y la vertiginosidad con la que se advierte el movimiento en las ciudades actuales obligan a repensar esta perspectiva y ampliar la lectura incorporando nuevas formas en las que se cristaliza el tiempo. De esta manera, en el marco de las “geografías de los giros” (Lindón, Hiernaux, 2010) surge la necesidad de posicionarse en una articulación

móvil de diversos modos temporales (Hiernaux, 2006a)¹ que operan en la producción social del espacio.

El movimiento y las acciones que los sujetos ponen en juego en el territorio puede tener distintas modalidades, expresiones y duraciones. Por ello, un camino metodológico para captar esas formas reales y simbólicas que “hacen al espacio” es a través de instantes fragmentos espacio-temporales. Estos fragmentos son escenarios (Lindón, 2010) que condensan el movimiento en tiempo y espacio, realzando la espacialidad a costa de la temporalidad (Soja, 1996). En estos escenarios, todos los registros materiales e inmateriales se asocian a hechos, representaciones y a sujetos que operaron en algún momento y cuya sedimentación configura el paisaje actual.

Nos parece importante expresar que, desde esta perspectiva, los escenarios no son comprendidos como entidades abstractas, sino que tienen anclaje en un lugar con toda la materialidad que ello implica y, también, con la carga simbólica (inmaterial) que conlleva cada sitio. Además con el significado social que ese lugar posea, siempre considerando que la cristalización es indisociable del componente situacional derivado del encuentro y las acciones de sujetos en ese ámbito (Lindón, 2010).

Pensar y entender los territorios en clave de escenario nos permite compatibilizar ese acercamiento a lo efímero, a lo fugaz, pero también a lo que permanece, a lo que persiste, ya sea de la misma forma con la que fue concebido o bien con las resignificaciones que pudo haber experimentado.

Siguiendo estos postulados proponemos entonces, reflexionar sobre los procesos de producción de la espacialidad de la plaza Belgrano que se encuentra frente a la basílica nacional de Nuestra Señora de Luján. Este sitio es el centro material y simbólico de muchas de las prácticas (religiosas y no) que hacen a la cotidianeidad de la ciudad. Posicionarse en este punto para observar la producción diaria de la espacialidad nos obliga, sin dudas, a explorar espacios (y tiempos) que exceden sus límites y se entroncan con otros lugares y otros tiempos.

Pero además, entender este sitio en clave de escenario espacial implica apuntar el microscopio a los sujetos, y sobre todo a sus prácticas e imaginarios. Para ello, y siguiendo a Hiernaux (2012) asumimos la idea vertebral de que “el ser humano no sólo está en el espacio sino que también tiene que ‘lidiar con el espacio’, siendo parte del mismo, y actuando siempre en él” (Hiernaux, 2012: 5).

Es en esta dirección hacia dónde marcharemos en el análisis de la plaza Belgrano de la ciudad de Luján como escenario espacial histórica y socialmente producido, con todas sus singularidades y generalidades.

3. Historiar la plaza espacialmente

“La Villa tiene su plaza y sus siete calles, las más de ellas con cercas de tunas y bastante altas y espesas. La iglesia es un edificio fuerte y de regular arquitectura; el Cabildo es una casa de un alto que tendrá 14 a 17 varas de frente con una arquería

¹ Hiernaux propone al menos cuatro: la larga duración (tiempo de las sociedades en su devenir histórico); el tiempo efímero (el de los eventos de la vida cotidiana de los individuos); el tiempo fugaz (el de la aparición/desaparición de sujetos, eventos y objetos) y la ausencia de tiempo (para referirse a la simultaneidad espacio-temporal que implica el desarrollo tecnológico) (Hiernaux, 2006a: 274).

alta y baja. Los bautismos anuales son 150 poco más o menos, bien que su jurisdicción es bastante extensa. El río está despoblado de árboles; hay mucha escasez de leña y se remedia con el cardo asnal seco”.

Manuel Belgrano, *Diario de marcha al Rosario*, 28 de enero de 1812.

A través del tiempo, las distintas etapas del proceso de urbanización que ha atravesado Luján conllevan, inevitablemente, a la transformación de las estructuras materiales y simbólicas de este espacio público que, junto con la basílica de Nuestra Señora de Luján, el Complejo Museográfico Enrique Udaondo y las construcciones de los alrededores, forman parte del patrimonio histórico de la ciudad.²

La plaza Belgrano se localiza frente del santuario de Nuestra Señora de Luján, entre las calles Lavalle, San Martín, 9 de julio y Lezica y Torrezuri. En tanto ámbito socialmente construido con una fuerte carga simbólica fue (y es) testigo de los procesos de producción de una espacialidad sustentada en un relato territorial que remite al llamado “milagro de la carreta o milagro de la Virgen”.

El ámbito que actualmente ocupa la plaza formó parte de las tierras de la estanciera Ana de Matos, quien hacia 1671 compró la estatuilla de barro que había sido protagonista de los sucesos del “milagro de la carreta” a unos 30 Km. de su paraje.

Las fuentes históricas³ narran que doña Ana, había instalado en una de las habitaciones de su casa a la estatua de la Inmaculada Concepción construyendo un pequeño oratorio en ese sitio, antes que fuera emplazada en una capilla, levantada años más tarde por el primer capellán, Pedro de Montalvo. Para 1682, esta singular mujer, donaba parte de su estancia al clero, para que la Virgen tuviera su propia manutención.

² Desde estos discursos territoriales que primaron (y priman), la ciudad de Luján es resultado de aquel “milagro” y, por lo tanto, su particularidad como ciudad religiosa data de los orígenes mismos de su conformación como asentamiento en torno al nuevo camino Real. Sin embargo, corriéndose de este enfoque que, en cierta medida ha sido incorporado acriticamente, es posible pensar la producción de la espacialidad en clave de cómo se fue construyendo, a partir de ese momento inicial, un relato de la dimensión religiosa del espacio que confluiría en ciertas representaciones espaciales que luego son esencializadas por los sujetos y que se materializan en el escenario religioso legitimando relaciones de poder (Flores, 2013).

³ Varias son las producciones que se fueron desarrollando a través de los siglos con el fin de consolidar el relato del milagro. Más allá de la más trascendente y legitimadora del culto: José María Salvaire, *Historia de Nuestra Señora de Luján, su origen, su santuario, su milagro, su culto*, Buenos Aires, 1885, algunas otras fueron sustentando la exégesis del acontecimiento.

El primer relato pertenece al Padre Pedro Nolasco de Santamaría y fue escrito en 1737. Dicha versión es citada en el apéndice documental B del texto de Salvaire y en *Historia verídica del origen, fundación y progresos del Santuario de la Purísima Concepción de N. S. de la Villa de Luján* de Juan Antonio Presas, Morón, 1974.

Posteriormente, la narración del sacerdote franciscano Antonio Olivier, que data de la década de 1760, fueron publicados por Felipe José Maqueda en 1812 y luego retomados nuevamente en el libro de Salvaire. Esta versión fue posteriormente tomada por algunos historiadores que, en la misma línea, sostuvieron esa versión de los hechos. Algunos ejemplos son los trabajos de E. Udaondo, *Reseña histórica de la Villa de Luján*, Luján, 1939; G. Sors de Tricerri, “Orígenes remotos de los pagos bonaerenses” en R. Levene, *Historia de la provincia de Buenos Aires*, vol. 2, La Plata, 1941; A. Ratzori, *Historia de la ciudad argentina*, Buenos Aires, 1945; H. Grassi, *Luján: origen y crecimiento urbano*. Tesis de doctorado, Univ. del Salvador, 2004.

Unas décadas más tarde, la primitiva estancia de Matos, era adquirida por nuevos propietarios y se comenzaba a gestar la idea de una población estable, aún inexistente para ese entonces.

De hecho, hacia fines de siglo XVII, no existe ningún poblado ni asentamiento más allá de las materialidades que se localizan en la estancia de Matos y un entorno rural que lo circunda. Como mencionan Marquiegui y Fernández (1998): “a principios del siglo XVIII, los documentos de la época refieren a la capilla de Nuestra Señora de Luján, a las tierras de la Virgen, pero en ningún caso mencionan la existencia de un pueblo. Además hacia 1711 [...] pudo saberse que su estancia estaba abandonada y nada podía encontrarse en ella, al punto que la misma reducción sobrevivió poco tiempo acosada por un brote epidémico” (Marquiegui, Fernández, 1998: 134)⁴.

Lejos está de pensar entonces, que el origen del asentamiento de Luján se sitúe en 1630, ni tampoco para 1671, como lo imponen los discursos territoriales hegemónicos.

Recién bien avanzado el siglo XVIII, la espacialidad introduce novedades cuando se configura la posta de Luján a la vera del nuevo camino Real. El emplazamiento en la ruta Potosí-Buenos Aires y la creciente circulación de mercancías fue consolidando esta parada que, poco a poco, se convirtió en un reducido núcleo con población fluctuante según los ciclos económicos anuales.

Mediando el siglo XVIII y gracias a la donación de tierras por parte de su nueva dueña, Magdalena Gómez de Altamirano, se iniciaba el proceso de formación de un pueblo para frenar el avance indígena. Sin detener este auge y gracias al impulso de Juan de Lezica y Torrezuri, en 1756, se elevó a la categoría de Villa al caserío y se construyó en las cercanías del casco de la estancia fundadora un puente de madera para el cobro de un derecho económico que el propio Lezica explotaría por años: el pontazgo.

Estos datos ilustran que la historia de la producción espacial lujanense ha tenido como protagonista hechos de singular magnitud en estas dos estancias, y el paso del tiempo mostraría que los campos que habían pertenecido a Ana de Matos y más tarde de Magdalena Gómez, fueran loteados con el objetivo de asentar una población estable alrededor de la plaza Mayor (hoy Belgrano).

Ya con el parcelamiento inicial del reducido asentamiento se dejó un lugar para el emplazamiento de una plaza en las cercanías al río, que pasó a llamarse –en esos primeros tiempos– “plaza Real”, toponimia vinculada a la mencionada ruta que circundaba la zona y que constituía el eje vertebrador de toda la región.

Para 1755 y con el antecedente de la donación de tierras de Magdalena Gómez de Díaz Altamirano, la plaza Mayor ya figuraba en el primer plano elaborado por Agustín de la Rea - capitán de navío del buque “San Joseph”- y comenzaba a transformarse en un espacio público de gran referencia para la joven villa lujanense. Testigo de las llamadas

⁴ Otros trabajos prueban con distintos documentos que el pueblo de Luján es inexistente para esta etapa; por ejemplo, en el trabajo de Presas (1974) se menciona que en el testamento de Ana Matos no se hace referencia a la presencia de ningún poblado, ni tampoco a la existencia de tierras destinadas a tal fin. La creación de Curato de Luján con sede en la capilla, en 1730, tampoco refiere a la presencia de algún modelo de asentamiento (Barral, 2007).

El padrón de la Campaña de 1726 demuestra que en las inmediaciones de la Capilla no existía otra cosa que las dependencias y la estancia de la Virgen, con los empleados de la fábrica, peones y grupos familiares.

ferias de los ponchos, a principios y a mitad del siglo XVIII, la plaza se enmarcaba en el intercambio económico y social de los indígenas con la población hispano criolla, que durante días se mezclaban en pos de un comercio bilateral entre ambas sociedades. En términos Agnew (1993), se observa que este sitio ya se constituía en tanto lugar, entendido como elemento central geosociológico, estructurado por las condiciones de su ubicación, y un sentido del lugar propio que se extendería, en ocasiones a la localidad, escenario o espacio local, siendo estas tres dimensiones (o instancias) absolutamente complementarias la una de la otra (Agnew, 1993).

Dichas ferias constituían un ámbito social y comercial que se anclaba en el espacio de la plaza Mayor de Luján. Diversas parcialidades indígenas se acercaban en comitiva con su principal producto: los ponchos. La confección de los mismos, los convertía en una prenda muy codiciada por los sectores populares; y para su confección, el indígena necesitaba del añil, que le era suministrado por el hispano criollo (Di Meglio 2012). Otros bienes de intercambio eran el ganado cimarrón, los sacos de sal, la platería araucana, las plumas, los huevos de ñandú y los cueros de armadillos, que eran las mercancías suministradas por los indígenas. Los criollos a su vez, negociaban perfumes, yerba, tabaco, aguardiente y papel. Cabe destacar que los intercambios entre ambas sociedades se daban a menudo por el canje directo de una prenda por la otra, regulando un circuito económico extensivo que llegaba incluso, a las parcialidades de la cordillera de los Andes. Estas transacciones y sociabilidades tenían anclaje en el ámbito de la actual plaza, hecho que la convertía en un escenario fugaz que montaba todas las estructuras materiales y simbólicas sobre el territorio del centro del asentamiento colonial. La fugacidad del escenario se contraponía a la densidad de las relaciones socio-territoriales que en él tenían lugar.

En este Luján colonial, conformado por un caserío con forma de damero que se expandía hacia el este como consecuencia del carácter de frontera que representaba el río para la expansión urbana (Lanson, 2011), la plaza ya aparece documentada en la traza urbana de 1755 lindando a la llamada casa del Virrey y al edificio del Cabildo.

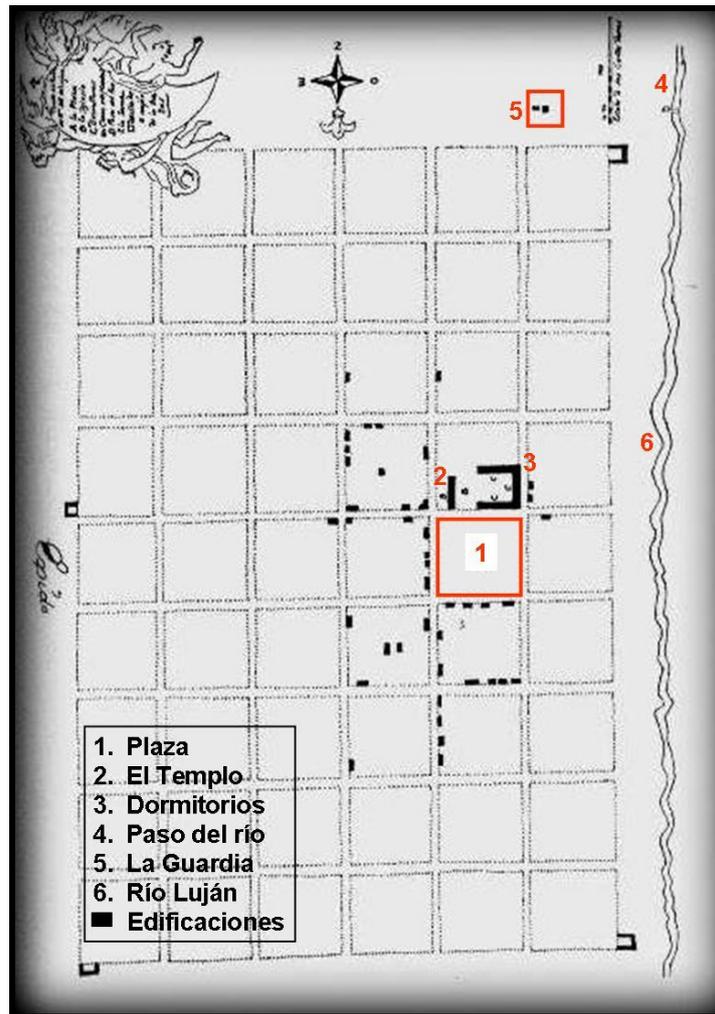
En aquellos tiempos, el área construida alrededor de la plaza era mínima, “abarcando unas pocas cuadras que concordaban con lo que podríamos llamar el núcleo fundacional del ‘centro histórico’ de Luján. Frente a la plaza [...] y a más de una cuadra al sudeste, en dirección de las calles perpendiculares al río, estaban los ‘dormitorios’ (residencia de los encargados del templo y hospedaje) en el emplazamiento posterior de la actual basílica.” (Marquegui, Fernández, 1998: 138).⁵

Este paisaje mostraba que el frente paralelo al río estaba ocupado por la ciudad colonial: el Cabildo, la Casa del Virrey y otras dependencias administrativas, y hacia el norte la Guardia y el puente de paso sobre el río Luján. Como consecuencia de las sucesivas transformaciones, el asentamiento fue creciendo hacia el sur y este, en parte porque el río actuaba como límite natural y simbólico, pero también porque las rutas comerciales del camino Real se fueron debilitando hasta redefinirse hacia nuevos destinos.

⁵ Otros trabajos hacen referencia a la idea de que al momento de realizar el plano en 1755, el diseño fue forzado para que el asentamiento consiga la categoría de “Villa de españoles”, aunque “para ese momento no contase con los requerimientos necesarios como era la falta de una plaza frente al templo” (Iglesias, Lanson, 2010: 127).

La primera cartografía “oficial” realizada por el capitán Agustín de la Rea (1755)⁶ revela la presencia de un asentamiento reducido y estable en torno a lo que actualmente se define como el centro histórico de la ciudad (Fernández *et. al.*, 1996) en los alrededores a la actual la plaza Belgrano. Allí, la espacialidad evidencia la presencia del nuevo templo con el cementerio, los dormitorios, las dependencias eclesiásticas, y la zona de vivienda que se extienden en sentido norte-sur (paralelo al río) en lo que actualmente sería la avenida Procesional. Sobre el borde oeste de la plaza, hacia 1755 se comienza a construir el Cabildo de Luján. Las fuentes advierten una población de 193 personas para 1744⁷ y unas 250, once años más tarde⁸.

Imagen N°1: Plano del Pueblo de Nuestra Señora de Luján (1755)



Fuente: A. de la Rea, *Plano del Pueblo de Nuestra Señora de Luján*, 1755. Copia del Archivo Zeballos del Complejo Museográfico Enrique Udaondo (Luján).

⁶ “Planta del pueblo de Nuestra Señora de Luján” realizado por el capitán del navío “San Joseph”, D. Agustín de Rea elaborado en el año 1755. Copia en el Archivo Zeballos del Complejo Museográfico Enrique Udaondo de la ciudad de Luján.

⁷ *Padrones de la Ciudad y la campaña de Buenos Aires*, 1744.

⁸ Estadísticas mencionadas en la obra del Padre José María Salvaire, *Historia de Nuestra Señora de Luján: su origen, su santuario, su villa, sus milagros y su culto*, Tomo I y II, 1885.

Por su parte, el templo que Lezica y Torrezuri mandó a construir en 1754 se erigió frente a la plaza, ocupando el centro de la cuadra donde estaban los antiguos dormitorios (Marquiegui, Fernández, 1998). Es a partir de entonces cuando este espacio público comenzó a situarse en una relación más estrecha con el poder político, siendo la “plaza de la justicia”, en la medida en que allí se desarrollaban los juicios públicos.

En este contexto, la plaza sería el sitio predilecto de la vida política y social de la Colonia en la escala de lo local, de modo tal que cualquier apropiación y metamorfosis de un espacio es inseparable de la reproducción y transformación de la sociedad en el tiempo y el espacio (Agnew, 1993). Así lo documentan varias fuentes escritas y gráficas donde el espacio de la plaza servía como escenario para eventos sociales, políticos y culturales que, con distinta frecuencia, se ponían en juego en ese ámbito. A modo de ejemplo cabe citar dos de ellos: uno de realización reiterada y el otro como hecho excepcional. Sin embargo, ambos configuran escenarios espaciales, donde hay distintas apropiaciones del espacio urbano que realizan los sujetos, en la medida en que “se pone en juego aquello que los actores persiguen con su hacer, el sentido que le dan a las prácticas espaciales y al lugar mismo” (Lindón, 2010: 190). Allí, lo simbólico envuelve a las materialidades.

Uno de ellos es el caso de las corridas de toros, que son citadas por Udaondo (1939) en su obra *Reseña Histórica de la Villa de Luján*, e incluso retratadas en el óleo del pintor Francisco Fortuny “Corrida de toros en la Villa de Luján en el siglo XVIII”. En general estas actividades se llevaban a cabo durante las fiestas patronales u otros acontecimientos cívicos que decretara la autoridad. Así se ilustran:

respecto a hallarse próximo el día de la Pura y Limpia Concepción Patrona de esta Villa, era preciso que en obsequio de la Santísima Virgen se hiciesen tres días de toros, y que para esto contribuyesen los dueños de las pulperías de esta Villa a tres pesos cada uno, y los dueños de las pulperías que viniesen de afuera contribuyesen a cuatro pesos cada uno, y los demás vecinos de dicha Villa concurriesen con palos y cueros, cada uno según tuviesen, respecto a que todo se dé en beneficio de la república.⁹

Las llamadas fiestas taurinas, al igual que otro tipo de eventos como “el juego de las cañas”¹⁰, el juego de pato o las tertulias públicas se llevaban a cabo en el espacio de la plaza Mayor. Lo interesante del caso de las corridas de toro es que muestra la excepcionalidad de un escenario que emerge a partir de una práctica que es llevada a cabo por actores locales y extra-locales. Es decir que quienes “lidian” con ese espacio y se apropian fugazmente de ese territorio son los sujetos habitantes que residen cotidianamente en la Villa (españoles y criollos) pero también son los sectores populares rurales que arriban al centro con motivo del acontecimiento, saltando grandes distancias. Su condición de “habitantes” en este caso, remite a personas que a través de una práctica (la asistencia a la corrida de toros) y con representaciones (el valor

⁹ *Cabildo de Luján*, 4 de diciembre de 1775.

¹⁰ Se trata de un juego que se desarrollaba en el marco de la plaza Mayor, frente al Cabildo y era una de las fiestas públicas de mayor atracción para todo el vecindario. Consistía en el simulacro de una especie de batalla o combate de jinetes a caballo. Udaondo menciona que: “esta diversión se realizaba en la Plaza pública, frente al Cabildo. En cada una de las esquinas colocábase una cuadrilla de 6, 10 y hasta 12 hombres, a caballo cada una compuesta de los principales vecinos, dirigidas por el más respetable [...] Formaban cuatro cuadrillas que representaban respectivamente a los españoles, a los moros, a los turcos y a los indios” (Udaondo, 1939: 61).

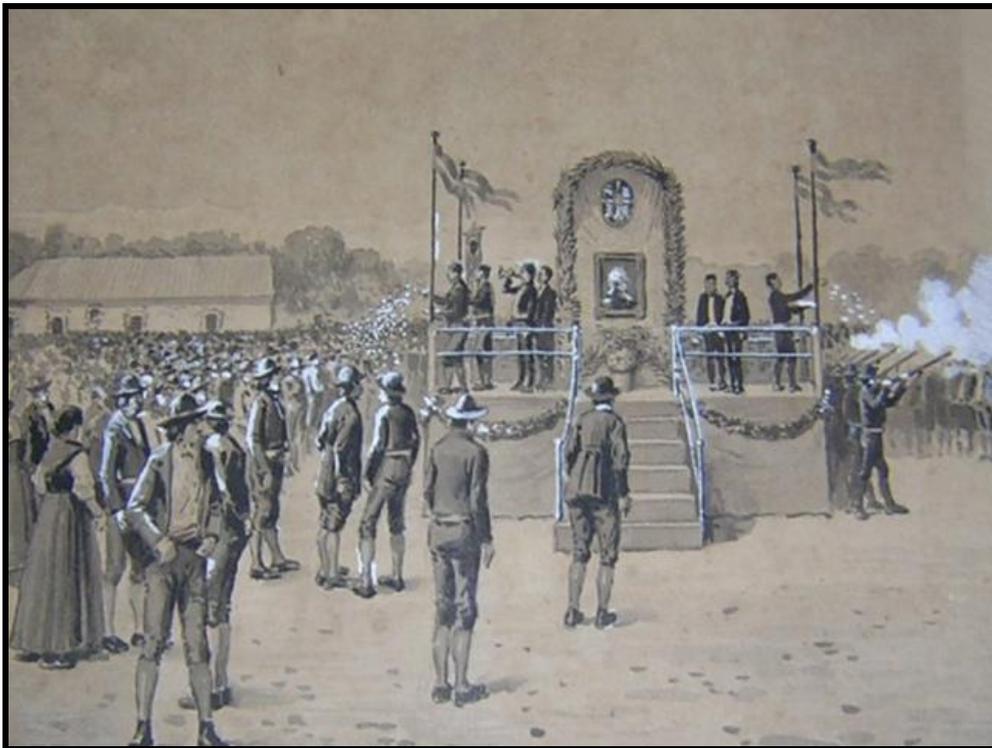
simbólico que se le atribuye a esta fiesta) producen la espacialidad del lugar, aunque no residan en el propio centro histórico. En el relato de Udaondo se dejan entrever varias de estas tramas:

El espectáculo de las corridas que tanto apasionaba a los españoles y los criollos, atraía un gran concurso de público que concurría de largas distancias, el que se distribuía en las ventanas y azoteas de los edificios, en algunos tablados y los de a caballo, dentro de los reparos de tablas y cueros que se improvisaban y otros apostados detrás de los cercos de tunas. Los miembros del Cabildo presencian la corrida desde el balcón del ayuntamiento.

La afición por los toros era grande, y a pesar de la pobreza de los pobladores de la Villa, se desplegaba mucho aparato, pues los cabildantes y todo el vecindario se interesaban en darle lucimiento, no faltando ni una modesta música de violines, cornetas y tambores traídos de Buenos Aires¹¹.

Otro escenario, en este caso extraordinario, que sirve para ilustrar la importancia de la plaza como espacio social es la Proclamación de Carlos III como “Rey de España e Indias”, hecho que ocurrió el 7 de septiembre de 1760. Este acontecimiento además de aparecer en las crónicas de la época también es retratado en otra pintura de Fortuny.

Imagen N°2: Óleo de Francisco Fortuny, “La proclamación de Carlos III”, Complejo Museográfico Udaondo.



Durante el desarrollo del mismo, la participación de Juan de Lezica y Torrezuri fue clave, ya que ocupaba el cargo de Procurador General y Alférez Real de la Villa de Luján. Pero en cuanto a la constitución del escenario en sí, a diferencia de los otros

¹¹ Udaondo, 1939, *op. cit.*

casos mencionados, la apropiación del espacio quedó en manos de los sectores más reconocidos de la Villa, las autoridades coloniales y algunos militares. En este sentido, y siguiendo a Relph (1976) se trataría de un *outsideness*, una exterioridad pero restringida sólo algunos actores.

Hacia mediados de siglo XIX se introducen nuevos cambios en el espacio público lujanense que refuerzan y se identifican con los procesos que se estaban llevando a cabo a nivel nacional. Con la sanción de la Carta Magna de 1853, y en homenaje a este hecho, se cambia la toponimia, y la plaza pasa a llamarse “Constitución”; por otro lado se emplaza el monumento al Gral. Belgrano a partir de una reglamentación municipal que decide “construirse en la plaza de la Villa una columna de la forma que presento y de las siguientes dimensiones: 3,5 varas entre la base y plinto y 8 y tres cuartas varas desde el plinto hasta la parte superior del capitel, donde habrá un busto sin contar éste una altura de doze [sic] y media varas”¹².

Lejos de pensarse que lo religioso aparece opacado frente al avance de lo secular, del Estado laico y de los valores del liberalismo que se expanden en el nuevo territorio en proceso de organización, se sella una asociación simbólica entre ambas dualidades que encuentran en la figura Belgrano la posibilidad de ser compatibles¹³. El relato del Padre Salvaire materializado en su obra *Historia de Nuestra Señora de Luján: su origen, su santuario, su villa, sus milagros y su culto* (1885) se encargaría de robustecer esta idea al mencionar que el propio abogado había estado varias veces en la Villa de Luján entre 1810 y 1820 visitando a su hermano que dirigía el Cabildo local y era ferviente devoto de la Virgen a quien le encomendó hacia 1813 dos banderas tomadas a los realistas en Salta. La construcción del relato territorial se va a cristalizar con el emplazamiento del monumento en el centro de la plaza que, hacia 1930, pasaría a llevar el nombre del propio Belgrano, considerando que la toponimia también constituye una forma de apropiación simbólica del espacio.

Pero además, si consideramos que los objetos geográficos condensan relaciones de poder, la erección de un monumento [en este caso a una figura cercana al catolicismo vernáculo] no es más que una forma afirmar y recordar el orden social (Ghorra-Gobin, 1994) que se venía consolidando a través de los dos siglos previos. La antigua estructura monumental estaba conformada por un pedestal que sostenía un busto de Belgrano, cercado por un cuadro de rejillas de lanzas sostenidas por cuatro pilares y del centro de éstos emergían unos hierros que sostenían cuatro faroles (Asociación Belgraniana de Luján). Lo más destacado es que en el basamento de la columna, de 14 m. de alto, había 4 placas de mármol que invocaban: “Al esclarecido patriota e ilustre General Belgrano, dedica esta columna el pueblo de Luján”. “A la noble y unánime inspiración que juró la independencia el 9 de Julio de 1816” (la que miraba al este). “**A la fundación de este santuario de Nuestra Señora de Luján en el año de 1763” (la que miraba al templo parroquial)** [destacado propio]. “Al 12 de agosto y al inmortal 11 de septiembre de 1852 en su aniversario de 1858, día en que se colocó la primera piedra fundamental siendo su padrino el señor gobernador del Estado Dr. D. Valentín Alsina” (la que

¹² *Decreto Municipal del 21 de agosto de 1858.*

¹³ “Nadie mejor que Manuel Belgrano representaba dentro del grupo revolucionario, el antecedente del anhelo de una identidad nacional fundada en un catolicismo de fuertes raíces en la devoción mariana” (Carta enviada por el historiador N. Marquiegui al Consejo Deliberante de Luján, 30 de junio de 2005).

miraba al norte). Una vez más el discurso espacial del milagro fundante reaparecía en pleno escenario para recordarnos el origen religioso de la ciudad.

Mediando el siglo XIX se introducen grandes novedades en la organización del espacio de la ciudad, y por ende, en la hasta ese entonces plaza Constitución. Uno de los motores del cambio había sido el ferrocarril que había arribado a la zona hacia 1865. Su llegada dinamizó el espacio urbano y rural lujanense, propiciando la expansión demográfica que había comenzado casi un siglo atrás. Asimismo, “a pesar del surgimiento de nuevas localidades, la villa de Luján no dejó de ejercer las funciones de centro religioso, cada vez más ligado a la actividad turística y comercial-devocional, la del comercio mayorista y minorista para el abastecimiento de los pobladores de la villa y del campo, la elaboración artesanal de alimentos e indumentaria, las funciones de gobierno, educación, las financieras y las de comunicaciones telegráficas y telefónicas” (Marquegui, Fernandez, 1998: 145). Además, debemos tener en cuenta que el ferrocarril no sólo sirvió como medio de traslado de las mercancías provenientes del entorno rural en el contexto de una incipiente agroexportación, sino también como vehículo mediante el cual arribaban los desplazamientos peregrinos. Los flujos cada vez más frecuente de peregrinos obligaron a la construcción de la estación Basílica, promediando la década de 1880 y el establecimiento de un servicio de tranvías que trasladaba a los visitantes desde la estación hasta el templo. La expansión del centro de la ciudad a partir de la urbanización incipiente fomentó un progresivo negocio inmobiliario de carácter especulativo.

Sin embargo, las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras de la centuria siguiente constituyen un período clave en la historia de las grandes transformaciones urbanas que experimentó la ciudad, no solo a nivel de los cambios morfológicos, sino también de las representaciones espaciales y de la implementación de un discurso territorial que venía cimentando desde los siglos anteriores. En esta coyuntura, la actual plaza Belgrano fue testigo de las majestuosas mutaciones del paisaje urbano a partir de la construcción de la Basílica Nacional y de la cristalización del modelo de espacialidad “salveriano”. La influencia de Salvaire fue decisiva en varios sentidos: no solo en cuanto a edificación de la Basílica Nacional sino en la materialización de todo un proyecto urbano que retrotrae a dimensión religiosa del espacio (Flores, 2013).

El emplazamiento del templo no estuvo exento de disputas enmarcadas en tensiones que superaban el ámbito de lo local y trascendían más allá de las esferas de lo puramente religioso. Un grupo encabezado por el clérigo Emilio George sostenía la necesidad de edificar el santuario en la actual plaza Colón “dado que ya se perfilaba como futuro centro cívico y social de la Villa, y ese espacio resultaba más atractivo en función de las necesidades parroquiales que debía satisfacer el nuevo santuario. Y optar por ese lugar implicaba atender tanto el crecimiento demográfico y el desplazamiento del poblado hacia el este como apartar la sede parroquial de las periódicas crecidas del río. Razones a las que se sumaban los beneficios que traería la conservación del viejo templo y la posesión de un solar donado justo frente a la plaza Colón” (Binetti, 2011).

La victoria del modelo salveriano inauguró un proceso de segregación territorial que perdura hasta nuestros días: la **Lujan religiosa** se disocia de las “**otras**” **lujanes**. Y como la espacialidad debe ser reproducida socialmente, este proceso de reproducción constituye una fuente continua de lucha, conflicto, contradicción (Soja, 1995) que perdurarán más allá del momento en el que se produzcan los propios hechos.

Esta situación se concretó hacia 1905 cuando la sede del gobierno desplaza sus funciones desde Cabildo a la Municipalidad edificada frente a la plaza Colón, a unas cinco cuadras de la plaza Constitución (hoy Belgrano), produciéndose la separación de las funciones religiosas de las administrativas (Guttman, 1995). Como consecuencia de este hecho “alrededor de la plaza Belgrano y hacia la ribera quedó concentrada la actividad comercial que abastecía a los peregrinos y turistas con artículos religiosos varios, comidas y bebidas” (Guttman, 1995: 78). Así, la plaza Constitución tomó una función netamente religiosa-comercial, robusteciéndose como eje turístico- religioso utilizada en gran parte por sujetos-visitantes, y no así, por sujetos-residentes de la ciudad de Luján.

De esta nueva matriz territorial emergen nuevas prácticas espaciales que condensan escenarios en el espacio público de la plaza. Estos escenarios, siguiendo a Lindón, parten de cierta espacialidad materialmente definida. Son un recorte espacial, pero no en el sentido tradicional de definir al lugar a partir de límites precisos, sino a partir de las prácticas de los sujetos y, por lo tanto, no existen con anterioridad a esas prácticas mismas (Lindón, 2006: 430).

Con la primera peregrinación a pie de 1904, se inició una etapa de frecuentes prácticas peregrinas que adquirieron rasgos culturales específicos y que tuvieron su foco principal en torno a la actual plaza Belgrano. Igualmente es importante recordar que ya “al santuario nacional de Luján convergía, desde fines de siglo XIX, un infinito número de peregrinaciones de parroquias, congregaciones, pueblos, ciudades y comunidades de inmigrantes; no obstante hacia el Centenario comenzaron a celebrarse las peregrinaciones así llamadas generales, tanto de los italianos, como de los franceses, españoles e irlandeses, que comenzaron a acudir al santuario nacional de la Argentina con banderas nacionales –tanto la de sus países de origen como las argentinas–. Las identidades parroquiales y provincianas quedaban subsumidas en la nacional” (Lida, 2010: 813). Advertimos así que la plaza se transformó en el corazón de vida social y política local, y epicentro de las grandes peregrinaciones que desde fines de siglo adquirieron nuevas connotaciones: mayor nivel de organización, participación de las colectividades étnicas y una amplia heterogeneidad de prácticas devocionales y turísticas en el lugar.

La utilización del espacio público por parte de los peregrinos no es un dato menor para pensar este territorio en tanto escenario. Hacia 1900, la plaza vuelve a cambiar su denominación y comienza a ser mencionada como plaza Belgrano, nombre que mantiene hasta la actualidad, y comienza a ser habitada con mayor frecuencia por miles de sujetos que arriban en masa hacia el emergente centro hierofánico.

Durante 1910, este sitio fue protagonista de muchos de los festejos que se llevaron a cabo en la ciudad en el marco del centenario de la revolución de mayo, entre ellos la multitudinaria peregrinación llamada “Nacional del Centenario”, los actos oficiales y la visita de la Infanta Isabel de Borbón a la propia Basílica, recién inaugurada en 1910. La emergencia de estos escenarios (ya sean *insideness* u *outsideness*) dotaron de fuertes identidades territoriales a la plaza –y a la ciudad toda– generando procesos de lugarización.

Imagen N°3: Peregrinación de los italianos a principios de siglo XX.



Fuente: Udaondo (1939).

Por otro lado, el crecimiento de las prácticas peregrinas y su encauzamiento a una actividad turístico religiosa obligó a hacer reformas en torno al eje basilical en los albores del Centenario: se construyeron los paseos y recreos ribereños, y se decretó la construcción del Complejo Museográfico Udaondo, inaugurado hacia la década de 1920, fortaleciendo así la patrimonialización de los paisajes circundantes al centro histórico de la ciudad.

Sin embargo, la década siguiente será la de la consolidación de todo el proyecto espacial, ahora claramente dirigido a la materialización de una ciudad-santuario. Así, en 1937 se produce una modificación en la planta urbana, construyéndose la Avenida Nuestra Señora de Luján “para dar acceso directo y una perspectiva monumental a la gran basílica” (Guttman, 1995: 76) radicándose en torno a ella los hoteles, hospedajes y puestos de venta de artículos religiosos (Marquegui, Fernández, 1998). También el estado municipal robusteció el modelo mediante la realización de infraestructura que operó como soporte al crecimiento de los visitantes: construcción de baños públicos, mejora los recreos y paseos ribereños y habilitación de zonas exclusivas para el estacionamiento.

Con la apertura de la avenida Procesional se produce “la ratificación de la cultura imperante sobre estas tierras” (Lanson, 2011: 6), o lo que sería mejor expresado, un paso más en la implantación del modelo territorial hegemónico y la cristalización de los imaginarios espaciales vinculados a la “Luján religiosa” (Flores, 2013). Estas obras se dan además, en un contexto donde el catolicismo excede lo meramente confesional y se tiñe de una veta integral que acapara cada uno de los rincones del mundo social. Luján será protagonista de esta etapa con la realización hacia 1937 del Congreso Eucarístico

Nacional, y como era de esperarse, el evento se llevó a cabo en la plaza basilical, que para ese entonces ya se denomina “Manuel Belgrano”¹⁴.

Finalmente en la misma década, la plaza experimentaba un cambio escenográfico notable expresado en la construcción de las recovas de estilo neo-colonial a ambos lados de la Avenida procesional “cuya reproducción remite al contexto de origen de la ciudad, que a su modo, reinventa una tradición colonial” (Marquiegui, 1998: 147).

En los decenios siguientes se consolidarían los procesos de segregación espacial entre las dos lujanes y la plaza Belgrano adquiriría su (casi) exclusividad como espacio religioso. Sería testigo en los años sesenta de las peregrinaciones juveniles, las procesiones villeras, y más tarde, las de los bolivianos, los gauchos, los policías, entre algunos otros. En síntesis, sería el ámbito donde miles de sujetos-habitantes desplegarían prácticas espaciales, nutridas de y por imaginarios, que operarían tanto en el ámbito de lo material como en la esfera simbólica para producir el espacio urbano.

4. Conclusiones: semiografiar el escenario para descubrir espacialidades

“Estar vivo es participar en la producción social del espacio, dar forma y ser conformado por una espacialidad en evolución constante que constituye y concretiza la acción y las relaciones sociales” (Soja, 1995: 82).

Por lo tanto los escenarios, entendidos como condensaciones espacio-temporales, son resultado de los sujetos-habitantes (de sus prácticas) pero también de las representaciones que las impregnan. Por ello, un camino metodológico posible para entender la plaza en tanto escenario es semiografiarlo; esto es identificar las acciones que operan en pos de llenar (de cargar) de significado a un territorio (o una parte de éste).

En 2005, y con muchas voces a favor y en contra, se comenzó a desarrollar el “Plan de optimización de espacios colectivos del área histórico basilical de la ciudad de Luján”, cuya primera etapa se inauguró en mayo de 2007, durante el aniversario de la coronación de la Virgen de Luján e incluyó el estreno de la nueva versión de la plaza Belgrano, que es la que se advierte actualmente, con algunas modificaciones posteriores.

Se trata de un modelo de plaza seca, que incluye un amplio predio de acceso peatonal que comprende distintos sectores y usos. Se limitó el ingreso cerrando las calles laterales, se canceló la circulación de vehículos de la calle Lavalle entre 9 de Julio y Lezica y Torrezuri, y se incorporó como peatonal al espacio comprendido entre esta arteria y 25 de Mayo, incluyendo las recovas coloniales a ambos lados. También se quitó toda la arboleda del antiguo modelo y se construyó nuevo mobiliario urbano.

El proyecto impuesto expresa contundentemente los imaginarios sobre la espacialidad religiosa de la ciudad. Para lograrlo, se impusieron una serie de cambios en los alrededores de la Plaza y se semiografió el territorio con varios geosímbolos, entendidos

¹⁴ En 1930, y con la presencia del presidente de la Nación se emplazó en nuevo monumento al General Manuel Belgrano montado en su caballo, mirando a la Basílica (y por ende a la Virgen) con la bandera argentina en alto. Todo un símbolo que legitimaría la premisa: “ser argentino es ser católico”. Al frente hay una alegoría tallada en piedra, en relieve, compuesta por el escudo, laureles, espadas cruzadas y la leyenda: “Dios y la Patria”.

como “lugares culturales portadores de identidad y cargados de sentido y de memoria [...] como esos “lugares del corazón” que “dan sentido” (Bonnemaïson, 1996: 14).

La rotonda Ana de Matos, la avenida Procesional, los mástiles con las banderas nacionales y vaticanas, el escudo de la ciudad (se compone de dos elementos centrales: la Virgen y el Cabildo, separados por el río. Abajo se alude a dos fechas: 1630 [año del “Milagro”] y 1755 [año en que Luján logra la categoría de “Villa de los Españoles”])¹⁵, las espadañas de los edificios coloniales de los alrededores de la plaza y el monumento ecuestre a Belgrano, funcionan como marcas territoriales (geosímbolos) que son, en definitiva, símbolo de poder, de legitimación; y delimitan el territorio, lo animan, le confieren sentido y lo estructuran (Bonnemaïson, 1996).

Imagen N°4: Las transformaciones recientes de la Plaza Belgrano



Fuente: Google Earth. Plaza Belgrano hacia 2005



Plaza Belgrano hacia 2012

Una lectura espacio-temporal del territorio bajo la lupa de la mirada cultural, nos permite explicar tanto las permanencias como las mutaciones, las continuidades como las rupturas, las geografías de tiempos largos, como los escenarios fugaces y efímeros. Este análisis pendular entre lo constante y lo transitorio, anclado en las prácticas de los sujetos y sus imaginarios, enriquece la mirada espacial regida por el principio de que “el espacio cobra sentido no sólo en la materialidad duradera, en las configuraciones socio-espaciales estables, sino en la misma movilidad, en la inestabilidad que se hace cada vez más evidente en las sociedades actuales” (Hiernaux, 2006: 283)

La plaza Belgrano como lugar donde se condensan escenarios espaciales (y representaciones espaciales a la vez) es resultado de complejos, dinámicos y diversos modos, formas, estrategias, imaginarios y usos con que sujetos dispares que la “habitan” producen la espacialidad cotidiana en el “fluir constante de la vida” (Lindón, 2010). Nuestro desafío como geógrafos es poder leer esa complejidad, desentramar esos

¹⁵ Toda una síntesis que refuerza la idea de reinención del pasado colonial sostenido en el milagro previo. Otros dos escudos operan en sentidos similares: el de la Virgen en la espadaña del Cabildo y el de la Provincia de Buenos Aires en la denominada “Casa del Virrey”.

sentidos y poner a la cultura como un elemento central a la hora pensar la construcción de escenarios que penden entre lo permanente y lo fugaz.

5. Referencias bibliográficas:

Agnew, J. 1993. "Representing spaces. Space, scale and culture in social science" en Duncan, J. y D. Ley (Comp.), *Place, culture, representation*. Routledge. Londres.

Asociación Belgraniana de Luján, (última consulta agosto de 2014).

Barral, M. E. 2007. *De sotanas por la Pampa –religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial-*. Prometeo. Buenos Aires.

Belgrano, M. 1812. *Diario de marcha al Rosario*, 28 de enero de 1812.

Binetti J. 2011. "Conflictos y debates tras la construcción de la Basílica de Luján", *Entre el Paraná y el Salado. Historia y regiones en el espacio bonaerense. Siglos XVIII a XX*. Luján.

Bonnemaison, J. y Cambrezy, L. 1996. "Les aspects théoriques de la question du territoire & Le lien territorial entre frontières et identité", en *Géographie et cultures*. París.

Cortabarría, J. 1992. "Ana de Matos: ¿es la fundadora directa del Luján urbano?" en *Presente*. 8 de agosto de 1992. Buenos Aires.

Di Meglio, G. 2012. *Historia de las clases populares en la Argentina*. Sudamericana. Buenos Aires.

Fernández, M. (et. al.). 1996., *Alla ricerca del centro storico. Il caso di Luján*. Franco Angelli. Venezia.

Flores, F. 2013. "Luján como hierópolis: del relato espacial al lugar religioso" en *Revista Universitaria de Geografía*. UNS. Bahía Blanca.

Foguelman, P. 2003. "Reconsideraciones sobre los orígenes del culto a la Virgen de Luján" en *Entre pasados*. 23. Buenos Aires.

Geertz, C. 2000. *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona.

Ghorra Gobin, C. 1994. *Geographie et Cultures*. 74-75, etc-automne. Paris.

Gillespie, A. 1921. *Buenos Aires y el interior*. Vaccaro. Bs. Aires.

Grassi, H. 2004. *Luján: origen y crecimiento urbano*. Tesis de doctorado. Universidad del Salvador. Buenos Aires.

Gutman, M. (et.). 1993. *Centro Histórico de Luján*. Convenio IUAV/IIED-AL. Buenos Aires.

Gutman, M. 1995. "Centro histórico de la ciudad de Luján, provincia de Buenos Aires" en *Revista Eure*. Vol XXI. n°62. Santiago de Chile.

Harvey, D. 1989 [1990]. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu. Buenos Aires.

Hiernaux, D. 2006. "Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choques de imaginarios y otros conflictos" en A. Lindón, M. A. Aguilar, D. Hiernaux (Coords.) *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Anthropos. México.

Hiernaux, D. 2006a. "Geografía de los tiempos y de los espacios efímeros" en J. Nogué y J. Romero (eds.). *Las otras geografías*. Tirant lo Blanch. Valencia.

Hiernaux, D. 2012. "Tensiones socavadas y conflictos abiertos en los centros históricos: imaginarios en conflicto sobre la plaza Santo Domingo, ciudad de México" en Ramírez Kuri, P. (Coord.). *Las disputas por la ciudad, Diferencias y conflictos en el espacio social y el espacio público*. Miguel Angel Porrúa e Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM. México.

Hux, M. 1991. *Caciques pehuenches*, Colección Patagonia Series. Marymar Edic. S.A.

Iglesias, A. y D. Lanson. 2010. "Significado del turismo de peregrinación para el desarrollo local. Caso de las peregrinaciones a la Basílica Nacional de Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción del río Luján, provincia de Buenos Aires, República Argentina" en *ROTUR –Revista de Ocio y Turismo-*. 3. La Coruña.

Lanson, D. 2011. "El centro histórico de Luján (Buenos Aires, Argentina). Un análisis de los procesos de territorialización a partir de la cartografía histórica" en *Revista Universitaria de Geografía*. 20. UNS. Bahía Blanca.

Lefebvre, H. 1991 [1974]). *The production of Space* Cambridge. Blackwell.

Lida, M. 2010. "¡A Luján! Las comunidades de inmigrantes y el naciente catolicismo de masas, 1910-1934" en *Revista de Indias*. vol. LXX. núm. 250.

Lindón A. 2006. "La espacialidad de la vida cotidiana. Hologramas socio-territoriales de la cotidianeidad urbana" en J. Nogué y J. Romero (eds.). *Las otras geografías*, Tirant lo blanch. Valencia.

Lindón A. 2010. "Invirtiendo el punto de vista: las geografía urbanas holográficas del sujeto habitante" en A. Lindon y D. Hiernaux. *Los giros de la geografía humana, desafíos y horizontes*. Anthropos. Barcelona.

Lindon, A. y D. Hiernaux. 2010. *Los giros de la geografía humana, desafíos y horizontes*. Anthropos. Barcelona.

Marquiegui, D. y M. 1998. "Convergencias: las etapas del proceso de urbanización en una ciudad antigua de la provincia de Buenos Aires. El caso de Luján (República Argentina), siglos XVIII a XX" en *Revista de Historia de América*, 123. Pan American Institute of Geography and History.

Martin, E. 1998. "Aparecida, Guadalupe y Luján como símbolos religiosos y nacionales: un análisis comparativo", *Trabalho apresentado no seminário ST05 "Os católicos"*. VIII Jornadas sobre Alternativas Religiosas na América Latina. Sao Paulo.

Presas, J. A. 1974. *Nuestra Señora de Luján y Sumampa. Estudio crítico-histórico, 1630-1730, Buenos Aires*. Ediciones autores Asociados. Morón.

Ratzori, A. 1945. *Historia de la ciudad argentina*. Buenos Aires.

Relph, E. 1976. *Place and placelessness*. Pion. Londres.

Rosendahl, Z. 2009. "Hierópolis y procesiones: lo sagrado y el espacio" en C. Carballo C. (Coord.). *Cultura, territorios y prácticas religiosas*. Prometeo. Bs. As.

Rowles, G. 1978. "Reflections on experiential fieldwork" en D. Ley y M. Samuels, *Humanistic geography: Prospects and problems*. Croom-Helm. Londres.

Rosendahl, Z. 2005. "Territorio y territorialidade: uma perspectiva geográfica para o estudo da religião" en Z. Rosendahl y R. Lobato Correa, *Geografia: temas sobre Cultura e Espaço*. Ed. UERJ. Río de Janeiro.

Salvaire, J. M. 1885. *Historia de Nuestra Señora de Luján: su origen, su santuario, su villa, sus milagros y su culto*, Tomo I y II, Buenos Aires.

Soja, E. 1995. "The spaciality of Social Life: Towards a Transformative Retheorisation" en D.Gregory & J. Urry, *Social Relations and Spatial Structures*. Macmillan. Londres.

Soja, E. 1996. *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Malden, Massachussets. Blackwell. Oxford.

Sors De Tricerri, G. 1941. "Orígenes remotos de los pagos bonaerenses" en R. Levene. *Historia de la provincia de Buenos Aires*. Vol. 2. La Plata.

Suárez, F. 2005. *Huellas de Barro*. Taller del poeta. Pergamino.

Suárez, F. 2013. *Luján antes de convertirse en Villa. La historia de nuestra ciudad desde los años 1630 a 1756*. GrupoEfe editores. Buenos Aires.

Udaondo, E. 1939. *Reseña histórica de la Villa de Luján*. Luján.

Veniard, J. M. 2001. "Los primeros peregrinos a Luján". *Criterio*. N° 2267, nov. 2001.